

MÉDANO

A Pere Gimferrer

I

Ante el mar estival
el azul y la rama de agosto
—teatros ardientes;
entre las huellas de la duna,
sobre el viejo escenario de antiguos
cuerpos y voces, ante
el filoso tejido de rocas
quemadas, tus brazos entregan
el pulso y la raíz que esta tierra
ofrece a la más honda ventisca
de la hora de agosto,
cuando tu cuerpo tiene la misma ligereza
de frescas sombras sobre
el sonido del mar.

II

Dos o tres rocas
en el mar de las islas.
Son los signos,
los médanos;
el vacío de una y otra rama
al sol; espacio
del cuerpo y la roca,
espacio del sol fijo
entre la ola antigua.
Una rama, el sol, vacío;
la mente tiene ahora
la ligereza de las nubes.

III

—Teatros ardientes.
La hoja estival se arquea,
los arbustos,
las raíces ligeras,
cruzan ante la orilla en manos
de la ventisca; saltan
las gotas de la última ola.
Toco entonces tu piel,
la piel del sol a la que llegan
las gotas de esa ola antigua,
ágil entre los médanos.

Tu cuerpo tiene entonces
la misma ligereza
de la gota en el viento.

IV

El viento y la rama de agosto
están sobre las olas.
Toman el color de las olas.

La luz creó la roca,
saltó sobre las dunas
quietas, rodó bajo las nubes

ligeras, transparentes.
El verano creció para esta hora
del sol fijo en los médanos.

Entre el viento y la roca,
una rama—
fija como su sombra sobre el mar estival.

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA